

el reino de los Países Bajos, que nosotros hemos visto desplomarse. Todos tenían motivos de queja, hasta los mismos reyes. El de Sajonia, porque le arrebataban una gran parte de sus Estados infringiendo el principio de la legitimidad, que el mismo Congreso proclamaba. El de Dinamarca, porque, como débil, no había recibido justa compensación por el despojo de la corona de Noruega, que fué unida á la de Suecia para indemnizarla de la pérdida de la Finlandia, conquistada por la Rusia. La Comisión de los ocho había igualmente nombrado otra, compuesta de los plenipotenciarios de las cuatro potencias aliadas, y después del de Francia también, para arreglar los asuntos de la Suiza; en vista de su informe, la Comisión de los ocho, sin contar con los cantones helvéticos, declaró en 20 de Marzo de 1815 la manera como la Suiza debería quedar organizada, obligando á la Dieta á conformarse con esta declaración, y negándose, de lo contrario, á garantizar su neutralidad. La Dieta se vió en la precisión de ceder, puesto que no podía resistir. Guiado el Congreso siempre por los mismos principios, la Comisión creada para arreglar los asuntos de Alemania y formar su unidad fué compuesta solamente de los plenipotenciarios de Austria, Prusia, Baviera, Hannover y Wurtemberg, excluyendo á los plenipotenciarios de los príncipes de segundo orden y de las ciudades libres (es decir á los débiles), que sólo después de repetidas protestas consiguieron ser admitidos á la discusión de intereses que eran exclusivamente suyos.

Así, un Congreso que se anunció al mundo como el reparador de todos los agravios, como el restaurador de todos los derechos y como el apoyo más firme de los débiles oprimidos, ejerció el poder más tiránico que conocieron los hombres. La fuerza, no la justicia, decidió de los más sagrados intereses. Napoleón, sujetando las naciones con el poder de su espada, doró la esclavitud con la gloria, ennobleció sus acciones con su valor y sus peligros, y supo dominar con el ascendiente de su genio; pero los que sobre el cadáver del gigante se repar-

tieron sus despojos sin enemigos que les combatieran, sin tempestades que turbaran su sosiego; los que en el seno de la paz se proclamaron señores del mundo por el derecho de la fuerza, unieron á la opresión la perfidia, desmoralizaron los tronos y disolvieron las sociedades. El que en una lucha eterna supo vencer todos los obstáculos y coronarse de laureles, pudo encontrar disculpa á su dominación, comprada á precio de sus fatigas; pero los que, saliendo del polvo y condenados á la mediocridad, ajustaron una innoble cadena á la cerviz de los pueblos, sólo pueden esperar la execración de los siglos. El yugo de Napoleón debía ser momentáneo, porque, después de su muerte, ¿quién vestiría las armas del coloso? ¿Ni quién dominaría al destino, ó guiaría en los combates el carro de la victoria? Pero el yugo de la Santa Alianza debía ser eterno, porque los Gabinetes no perecen cuando todos los hombres pasan. Sólo un medio tuvieron entonces las sociedades para conquistar su libertad y recobrar su independencia: este medio fué justo cuando se hizo necesario, y desde el momento en que él sólo pudo salvar la sociedad de su ruina; este medio fué... el de las revoluciones, que serían el mayor azote de los pueblos si no las hubieran hecho necesarias los tiranos<sup>1</sup>.

Mientras que las grandes potencias arreglaban desde Viena la suerte futura de la Europa, Napoleón, encerrado en los límites estrechos de una isla que no era bastante para contenerle, meditaba también sobre la suerte del mundo; su frente, oprimida bajo el peso de las más sublimes concepciones, abrigaba aún otras que debían asombrar al universo antes de que diese el último adiós á su borrascosa existencia. El pensamiento que dirige y la acción que le realiza, coexistían en él sin sucederse; porque el genio, ni tiene intervalos, ni conoce el reposo, condición necesaria de la debilidad y de los espíritus comunes; al fin se entrega á la merced de las olas, se dirige hacia las playas de Francia animado con aquella fe íntima que ya había sentido nacer en su pecho, cuando, dando el último saludo

<sup>1</sup> ¡También Donoso tocaba el himno de Riego!—(NOTA DE ESTA EDICIÓN)

á las Pirámides, atravesó un mar lleno para él de escollos para empuñar un cetro y ceñirse una corona. El prisionero de la isla de Elba no había variado en nada del vencedor del Egipto, y su esperanza en el porvenir era la misma siempre; pero no conocía que todo había variado menos él, y que en el horizonte se había eclipsado su estrella. Sin embargo, él no dejará de existir sin haber dado una larga muestra de su poder á los imbéciles que, como á Encélado, debían amarrarle á una roca. A su presencia se desplomó como por encanto una dinastía y un trono, cuyos fundamentos había conmovido la civilización, como un árbol cuyas raíces habían secado los siglos, y que no podían fecundar todas las lluvias del cielo. Su formidable voz volvió á turbar el sueño voluptuoso de los déspotas del Norte, que, declarándole fuera de la humanidad y de la ley, encargaron á todos los soberanos de Europa la ejecución de esta terrible sentencia: los ejércitos de los aliados se precipitaron segunda vez sobre Francia; en vano luchó el gigante: sus horas estaban ya contadas en el libro del Destino, que le tenía preparado los campos de Waterlloo para que escribiese en ellos la última página de su historia. Cuando la Europa miró á Napoleón vencido por Wellington, ella comprendió una verdad que había ya enseñado la Filosofía, á saber: que Dios se vale muchas veces de los débiles para abatir á los poderosos, y que se complace en producir grandes resultados por medio de imperceptibles agentes <sup>1</sup>. Postrado ya el enemigo, y habiéndole señalado el lugar de su sepulcro, los soberanos aliados ocuparon militarmente la Francia, exigieron de ella indemnizaciones por sus gastos y sus sacrificios, y garantías pecuniarias y territoriales que asegurasen en lo venidero su tranquilidad, que debía defender por espacio de tres ó cinco años un ejército de ocupación. Tales fueron las principales bases del tratado ignominioso concluido en París entre la Francia y las potencias aliadas en 20 de Noviembre de 1815.

<sup>1</sup> Hermosa sentencia, con que borraba Donoso la expresión "el libro del destino," que acababa de escribir. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Si se estudian con atención las determinaciones que le sirven de base y las que fueron el resultado del Congreso de Viena, se verá que, si bien es cierto que ya las grandes potencias habían adoptado principios funestos para la libertad y la independencia de la Europa, sus miras se dirigían, sin embargo, más principalmente á prevenir que la Francia se revolucionase de nuevo y pudiera comprometer la tranquilidad de las naciones vecinas. Para evitar esta catástrofe, determinaron ponerla diques y rodearla de barreras que bastasen á resistir su impulso en el momento del peligro; con este objeto engrandecieron la Prusia, dieron unidad á la Alemania, formaron el reino de los Países Bajos, aumentaron el poder del rey de Cerdeña, reuniendo á Génova bajo su cetro, y fortificaron el lazo federal de la Suiza; pero, amarrado ya el león, las potencias del Norte extendieron su vista por una esfera más dilatada y un horizonte más ancho. Dejaron de considerar á la Francia para juzgar á la Europa: no temieron ya á la usurpación, sino á las revoluciones, porque su instinto les decía que debían ser más funestas que las victorias de Napoleón las oleadas de los pueblos.

Desde entonces empieza la Diplomacia á pesar sistemáticamente sobre la Europa; su principal objeto fué ya sofocar en su cuna los principios y mantener las sociedades amarradas á su yugo, despojándolas de su espontaneidad y su energía; y como su plan era inmenso y su ejecución debía encontrar obstáculos poderosos, los soberanos aliados, para estrechar más los vínculos de sus mutuas relaciones, se convinieron en renovar en épocas determinadas, ya bajo sus inmediatos auspicios, ó por medio de sus ministros respectivos, "reuniones consagradas á los grandes intereses comunes, y al examen de las medidas que en cada una de estas épocas se considerasen como más saludables *para el reposo y prosperidad de los pueblos, y para la conservación de la paz en Europa*," Este tratado manifiesta bien su sistema y caracteriza todas sus pretensiones: los Congresos que se han tenido después, no han sido más que el

cumplimiento de esta estipulación y el desenvolvimiento progresivo de todas sus consecuencias.

El primero fué el de Aquisgrán: el rey de Prusia y los emperadores de Austria y de Rusia asistieron á él; y dignándose mirar con ojos compasivos á la Francia, regida por los Borbones, hicieron una señal á sus ejércitos para que despejasen sus fronteras, declarando fenecido el tiempo de la ocupación. Luis XVIII fué invitado á asociarse á la Santa Alianza, y como caballero y agradecido, se sentó en el banquete de los conjurados. Desde entonces la Francia ha sido un satélite de la Rusia, y el Gabinete de las Tullerías fué absorbido en el de Petersburgo. Las cinco grandes potencias, hermanadas entre sí, declararon ante la faz de la Europa su firme resolución de no abandonar los principios que las dirigían, y de reunirse con frecuencia para arreglar sus intereses y estrechar más sus lazos. Pero como estas protestas habían ya sido oídas por la Europa, las potencias aliadas dieron un paso más en su carrera, anunciando que sus reuniones podrían también tener por objeto arreglar los intereses de otros Estados siempre que reclamasen éstos su poderosa intervención.

Su política se manifestó sin velos, y la Santa Alianza borró de entre los derechos de la humanidad la independencia de las naciones: su intervención no debía verificarse sin ser reclamada por los Estados que necesitaban de su apoyo; pero los Estados, para la Diplomacia, no son los pueblos, sino los reyes que los dirigen ó los esclavizan; y desde el momento en que esta declaración salió del augusto Congreso para recorrer la Europa, todos los tiranos se encontraron ya seguros, y todos los pueblos condenados á la orfandad y á las cadenas. Pero la hija de los reyes les enseñó el camino que conduce á la victoria: una alianza de tigres les enseñó cómo podía formar una alianza de hermanos. La superficie de las sociedades empezó á ser borrascosa, porque en su seno se abrigaba el germen de violentas convulsiones, y el rayo asolador de que estaba cargada la nube no tardó en desprenderse para iluminar la hora

de la venganza y convertir en cenizas el pavimento que sustentaba á los reyes.

España desenterró el estandarte que había tremolado en Cádiz, que, libre é independiente, había conservado en otros días el depósito de la existencia nacional y el esplendor inmaculado de su gloria. Los Estados de Alemania exigían de sus príncipes el cumplimiento de sus sagradas promesas, promesas por las cuales les aseguraron la libertad cuando los pueblos, á precio de su sangre les aseguraron sus vacilantes coronas. Los príncipes habían olvidado en el seno de la prosperidad las obligaciones contraídas en los días de su infortunio; pero los pueblos no olvidaron sus gloriosos sacrificios, y en el silencio de la conspiración se aguzaban los puñales que debían clavarse en el seno de los opresores de la libertad alemana.

El gran ejemplo dado por la nación española no podía ser estéril, porque no era el efecto de un movimiento caprichoso que produce una ligera convulsión en los Estados, sino la expresión de una necesidad sentida por todos y satisfecha por algunos. El filósofo no explicará jamás una revolución por el poder de una sorpresa, ni reconoce á la casualidad el derecho de dirigir los acontecimientos humanos. La Revolución, abismándose en la gloria y abandonando después ostensiblemente la escena del mundo á la Santa Alianza, no había renunciado ni á la existencia ni á la victoria, y se refugió en las entrañas de las sociedades para crecer en silencio: ella fué un hecho primitivo, pero no aislado, en el seno de la humanidad, y debía producir nuevos hechos que desenvolvesen su principio de vida, y apareciesen espontáneamente en el día señalado por la Providencia para su dominación. La aurora de este día había ya brillado en el horizonte de España, y su luz se dilató como por encanto por otros países, dispuestos también á saludarla; porque en la escuela del infortunio habían aprendido á conocerla, y entre los hierros que los oprimían la habían erigido un altar.

Las Dos Sicilias despertaron de su letargo profundo, y pocas horas fueron bastantes para que en Nápoles y en Palermo

se diesen al viento los tres colores mágicos que treinta años antes habían electrizado á París. El Rey entrega las riendas del Gobierno al duque de Calabria, que decreta "que la Constitución del reino de las Dos Sicilias será la misma que la adoptada en España en 1812, salvo las modificaciones que la Representación Nacional, constitucionalmente convocada, juzgase conveniente proponer para adaptarla á los Estados de Su Majestad". El día de la regeneración había llegado, y ningún soberano se encontró bastante poderoso para detener á la libertad en su vuelo, y decirla: "Este pueblo es mío: no te pertenece."  
—Un coronel de un regimiento, leyendo la Constitución de las Cortes en Oporto, basta para hacerla reinar en Portugal; á su voz se reúnen las autoridades; nombran una Junta directiva, y los jefes de la Revolución anuncian que la ley fundamental se halla restablecida en nombre de D. Juan VI, é invitan á todos á darse una Constitución "que su amado soberano no ha omitido darles hasta ahora sino porque había ignorado sus deseos". Antes de dos meses el ejército constitucional ha vencido todas las resistencias, y el estandarte de la libertad naciente se despliega con orgullo sobre los muros de Lisboa.

Y la Grecia, sumergida en la abyección tanto tiempo; y la Grecia, cuyas ruinas son más grandes por sus recuerdos, y más solemnes por su inmovilidad que todas las existencias brillantes que hoy decoran la escena del mundo; cuyas playas son tan armoniosas como la lira de Homero; cuyo polvo es sagrado porque contiene las cenizas de los héroes; y la Grecia también comenzó á descifrar los caracteres en que estaban escritos sus anales, en los que sólo se encuentran la palabra de libertad, la de heroísmo y la de gloria. Ella protestó contra el silencio de los hombres; manifestó que su existencia aún no había pasado, y que aún podía dar nuevo lustre con sus hechos á la dignidad humana; y como si la civilización que derramó en otro tiempo por la tierra hubiera de presidir siempre á su destino, el primer impulso hacia la independencia le recibió de una sociedad creada para extender en ella los beneficios de la

educación y de las luces <sup>1</sup>, y el primer instrumento de su gloriosa emancipación debía ser su mismo tirano <sup>2</sup>. Mientras que en el antiguo continente la libertad triunfaba de todos los obstáculos que la opuso el obscurantismo, el nuevo mundo abrazaba su imagen con ardor, y rompía las cadenas que le sujetaban á la Europa, y con las que le habían ceñido sus bárbaros conquistadores. La emancipación de los pueblos era completa, rápida y simultánea. Así, las combinaciones de la Diplomacia para asegurar la diadema en la frente de los reyes y la argolla en la cerviz de los pueblos, lejos de producir los resultados que esperaban sus autores, convirtieron en humo las ventajas que de ellas se prometían.

Empero si los soberanos de Europa no podían reprimir la explosión del espíritu público que se manifestaba en todas partes, no por eso abandonaron los Gabinetes el campo de batalla á la merced del vencedor, ni dejaron de seguir la línea de política que habían comenzado á trazarse en el Congreso de Viena, que habían desenvuelto en el tratado de París en 1815, en el de Aquisgrán en 1818, y que debían completar en los demás Congresos que el estado de Europa había hecho necesarios.

Ya en 1819 la fermentación de los Estados alemanes, que exigían el cumplimiento de promesas tan solemnemente hechas como fácilmente olvidadas, había llamado la atención del Austria y de la Prusia, que habían convocado un Congreso en Carisbad para discutir los medios de atacar el mal en su origen. Conociendo que la unidad es el elemento necesario de la fuerza, y la fuerza la condición necesaria del poder, centralizaron la Alemania: el influjo de los Estados desapareció ante

1 La sociedad llamada de los *heretistas*: su objeto era emancipar á la Grecia por medio de las ciencias y las artes, que en otro tiempo la colocaron al frente de todas las naciones.

2 El bajá de Janina, Ali-Tebelen, después de haber sacrificado á los griegos y haber derramado á torrentes su sangre, tuvo que implorar su apoyo para resistir al sultán, que, temeroso de su poder y envidioso de sus riquezas, había jurado su exterminio. Allí entonces se puso al frente de la Grecia, que empezó á conmoverse á su voz porque sabía que debía conducirla á la libertad no pudiendo ya encadenarla. El monstruo pereció en la contienda en medio de su serrallo, pero la Grecia fué libre.

la unidad poderosa de la Dieta, que sólo tuvo desde entonces derecho para interpretar á su antojo el art. 13 del pacto federal, que les prometía las asambleas populares, y la facultad, más terrible todavía, de hacerse obedecer por medio de la fuerza armada en todos los Estados de la Confederación; y como su omnipotencia no debía tener otros límites que los que la trazase la salud de los tronos, se erigió á sí misma en tribunal supremo de censura; se revistió del derecho de inspeccionar las universidades, de sorprender en ellas el germen de opiniones peligrosas, y concedió á todos los Gobiernos la facultad de ejercer una censura previa sobre los periódicos que se escribiesen en sus Estados respectivos. Los tiranos tienen también el instinto de su conservación, y para vivir persiguen á los seres inteligentes en donde se reúnen ó en donde se ejercitan. A tal punto habían subido á la sazón las pretensiones de las grandes potencias, que la Rusia rehusó acceder á lo resuelto en Carlsbad, á pesar de ser tan favorable á los tronos, porque no había sido la obra exclusiva de la Santa Alianza, única investida con el cetro del mundo y el gobierno de los pueblos. La hija salvaje del Norte, huésped en la civilización moderna, enseñaba ya al Mediodía que un principio no debe sacrificarse nunca á un resultado ventajoso, porque éste pasa y sólo aquél no perece.

Las resoluciones de Carlsbad no debían ser sino los preliminares del Congreso que se reunió en Viena para tratar de los asuntos de Alemania; en él se resolvió que sólo la Dieta (es decir, la Prusia y el Austria) interpretaría todas las dudas del pacto federal. Absurdo espantoso que sujetaba á un poder nacido de aquel pacto el pacto mismo que le había dado la existencia. La Dieta, que era la única revestida con el poder de interpretar y decidir, era también la única que tenía el derecho de encargar á un Estado de la Confederación el cumplimiento, por medio de la fuerza, de todas sus deliberaciones. El legislador y el verdugo debían ser una misma persona. Así, el hacha estaba bajo la tutela de las leyes; pero los legisladores olvidaban que las leyes estaban también cubiertas con la sangre

de la víctima. En cuanto al art. 13 del mismo pacto federal, se decidió que las Constituciones existentes no podrían variar-se sino por medios constitucionales; pero los que á su antojo podían decidir los principios, ¿no podrían juzgar también de la legalidad de los medios? Sin embargo, ésta era una garantía de libertad que no podía existir sin numerosas restricciones. Los plenipotenciarios reunidos declararon que la soberanía debía permanecer íntegra en los príncipes, excepto en el ejercicio de derechos determinados que en nada podrían perjudicar sus deberes respecto á la Confederación; en fin, el derecho de censura y espionaje concedido á los Gobiernos les aseguraba un porvenir exento de tempestades que amenazaran su existencia.

Pero como el espíritu de libertad no había aparecido solamente en Alemania, sino que se extendía triunfante por la Europa, era llegado el tiempo para los Gabinetes de realizar sus teorías ó de perecer en tan deshecha borrasca. La necesidad de un nuevo Congreso fué evidente para todos los soberanos del Norte, que, reunidos en Troppau para abrir las conferencias preliminares, decidieron en 13 de Octubre invitar al rey de las Dos Sicilias á que se reuniese con ellos en Laybach, en donde debía verificarse el nuevo Congreso, para juzgar su obra y examinar su conducta. La Historia no ofrece ejemplo de un tribunal semejante; la Filosofía buscará en vano en la región de las ideas el tipo posible de esta creación absurda y monstruosa, que en su repugnante desnudez ni aun se cubre con la más ligera apariencia de la verdad ó la justicia. El primer rayo de la Diplomacia ha caído, y, lo que es más, ha caído sobre la sien ungida de los reyes; ya no podía ser dudosa la suerte de los pueblos. Los tres monarcas deciden "que así como la alianza que las convenciones de 1814, 1815 y 1818 habían consolidado había libertado al continente europeo de la tiranía militar, de la misma manera, debía poner un freno á la nueva dominación del levantamiento y del crimen y que las potencias ejercen un derecho incontestable tomando de común acuerdo medidas de seguridad contra los Estados en los cuales la destrucción del